

hado un edificio, construido cuidadosamente por mí durante medio siglo... El mausoleo de tu tío... su única pirámide... el amor de los Genoveses. Andrés te perdona esa ligereza.

GIANETTINO.—Mi Duque y tío...

ANDRÉS.—No me interrumpas. Has deslustrado la obra política más bella, que con el favor del cielo he ofrecido á los Genoveses, costándome tantas vigilias, tantos peligros y tanta sangre. A la faz de todo Génova has manchado mi honor de Principe, no mostrando consideración alguna á mi trabajo. ¿Quién lo respetará, si mi propia sangre lo desprecia?... Tu tío te perdona esta sandez.

GIANETTINO. (Ofendido.)—Señor, me habéis educado para ser Duque de Génova.

ANDRÉS.—¡Calla!... Eres reo de alta traición para con tu patria, y la has herido en el corazón. ¡Observa, joven, lo que te digo! ¡Apellidase la docilidad!... Porque el pastor descansa de su faena por la noche, ¿crees tú que se desentiende de su rebaño? Porque Andrés tenga canas, ¿has de hollar tú las leyes como un criminal?

GIANETTINO. (Colérico.)—Poco á poco, Duque! También en mis venas circula la sangre de Andrés, terror de Francia.

ANDRÉS.—¡Cállate! ¡Yo lo mando!... Estoy acostumbrado á que la mar enmudezca, cuando yo hablo... En su mismo templo has escarnecido la majestad de la justicia. ¿Sabes tú, oh rebelde, cómo se castiga este delito?... Responde ahora. (Gianettino, mudo, fija en tierra sus ojos.)—¡Misero Andrés! En tu propio seno has criado el gusano roedor de tus servicios... Levanté para los Genoveses una casa para desafiar los siglos, y arrojé yo mismo en ella la tea incendiaria... Da las gracias, insensato, á esta cabeza blanca, que anhela ser llevada á la tumba por las manos de sus parientes... Da las gracias á mi cariño, impío, de que no

entregé á la ciudad rebelada la cabeza del principal instigador de la sedición, y desde lo alto del cadalso. (Vase precipitadamente.)

#### ESCENA XIV.

LOMELINO, asustado y sin aliento.—GIANETTINO sigue al DUQUE con la vista, ruborizado, y en silencio.

LOMELINO.—¿Qué he visto? ¿Qué he oído? ¡Ahora, ahora mismo! ¡Huid, Principe! ¡Todo se ha perdido!

GIANETTINO. (Con enojo.)—¿Qué se había de perder?

LOMELINO.—¡Génova, Principe! Vengo de la plaza. Agolpábase el pueblo alrededor de un Moro, que llevaban maniatado. El Conde de Lavaña y trescientos nobles le seguían, dirigiéndose todos al Consejo, en donde se atormenta á los criminales. El Moro había sido preso en el momento, en que se disponía á asesinar á Fiesco.

GIANETTINO. (Dando con el pie en tierra.)—¿Cómo? ¿Se han soltado hoy todos los diablos?

LOMELINO.—Se le interrogó con insistencia quién le había pagado. Nada dijo el Moro. Púsosele á la primera prueba de la tortura, y nada confesó. A la segunda, dijo... dijo... ¿en qué pensábais, señor, confiando vuestro honor á un bribón?

GIANETTINO. (Con feroz desprecio.)—¡No me lo preguntes!

LOMELINO.—Oid más todavía. Apenas se oyó el nombre de Doria... ¡más quisiera que en esta ocasión fuese el mío el escrito en la cartera del diablo, no el vuestro!... se presentó Fiesco al pueblo. Ya conocéis á ese hombre, que manda cuando suplica y seduce los corazones de la muchedumbre. Todos los circunstantes lo contemplaban sin

respirar, formando grupos de estatuas, aterradas é inmóviles; él habló poco, enseñó su brazo lleno de sangre, y el pueblo batallaba en recoger sus gotas, como si fueran sagradas reliquias. Entregáronle el Moro para que lo castigase, y Fiesco... ¡una puñalada para nosotros!... lo perdonó. Al silencio solemne del pueblo sucedió una aclamación atronadora, y dando muertas á Doria y vivas á Fiesco, fué llevado en triunfo á su casa.

GIANETTINO. (Con risa estúpida.)—¡Que la rebelión amenace abogarme!... ¡El Emperador Carlos! ¡Sólo con estas palabras la he de reprimir de modo que ni una campana sonará en toda Génova.

LOMELINO.—La Bohemia está lejos de Italia... Si Carlos se apresura, podrá tener tiempo bastante para asistir á vuestros funerales.

GIANETTINO. (Que saca una carta con un gran sello.)—¡Fortuna que esté ya aquí!.. ¿Se admita Lomelino? ¿Tan loco me creía, que hubiese irritado á los republicanos furiosos, si no estuvieran ya vendidos y juzgados?

LOMELINO. (Desconcertado.)—No sé qué pensar.

GIANETTINO.—Y yo pienso algo que tú ignoras. Mi resolución está ya tomada. Pasado mañana caerán doce senadores. Doria es proclamado rey, bajo el protectorado de Carlos... ¿Retrocedes?

LOMELINO.—¡Doce senadores! Mi corazón no es tan vasto, que pueda contener la sangre de doce hombres.

GIANETTINO.—Sucumben á los pies del trono, ¡pobre loco! Mira: he persuadido á los Ministros de Carlos que Francia tiene todavía en Génova decididos y numerosos partidarios, que, por segunda vez, se aventurarían acaso á entregársela, si el mal no se corta de raíz. La idea ha impresionado al viejo Carlos. Aceptó mi proposición... y tú escribirás lo que yo te dicte.

LOMELINO.—No sé todavía...

GIANETTINO.—¡Siéntate! ¡Escribe!

LOMELINO.—¿Y qué escribo? (Se sienta.)

GIANETTINO.—Los nombres de los doce candidatos... Francisco Centunione.

LOMELINO.—En premio de su voto va á la cabeza de esta pompa fúnebre.

GIANETTINO.—Cornelio Calva.

LOMELINO.—Calva.

GIANETTINO.—Miguel Cibo.

LOMELINO.—Un refresco para tus pretensiones al cargo de Procurador.

GIANETTINO.—Tomás Asserato con sus tres hermanos. (Lomelino se detiene insistiendo.) Con sus tres hermanos.

LOMELINO. (Escribe.)—Y...

GIANETTINO.—Fiesco de Lavaña.

LOMELINO.—¡Cuidado, cuidado! Podréis romperos la cabeza contra esa piedra negra.

GIANETTINO.—Escipión Borgoñino.

LOMELINO.—Para que celebre sus bodas en otra parte.

GIANETTINO.—En donde yo lo lleve al altar... Rafael Sacco.

LOMELINO.—Debiera yo trabajar en que se le perdonase, hasta que me pagara mis cinco mil escudos. La muerte lo libraré de la deuda.

GIANETTINO.—Vicente Calcaño.

LOMELINO.—Calcaño... ¿escribo el duodécimo á mi riesgo, ó se ha olvidado nuestro mortal enemigo?

GIANETTINO.—El fin corona la obra. José Verrina.

LOMELINO.—La cabeza de la hidra. (Levántase, y le echa polvos; lee lo escrito, y lo presenta al Príncipe.) La muerte celebrará pasado mañana fiesta de gala, é invitará á ella á oje Príncipes genoveses.

GIANETTINO. (Que se acerca á la mesa y firma.)—Esto es cosa hecha... La elección del Dux es dentro de dos días. Cuando

esté reunida la Señoría, los doce, dada la señal con un puñelo, caerán heridos de repente, y mis doseientos Alemanes se apoderarán por asalto del Consejo. En seguida se presentará allí Gianettino Doria, y recibirá el debido homenaje. (Llama con una campanilla.)

LOMELINO.—¿Y Andrés?

GIANETTINO. (Con desprecio.)—Es ya anciano. (Viene un criado.) Si el Duque pregunta por mí, dile que estoy en misa. (Vase el criado.) El demonio, que habita en mi cuerpo, sólo puede guardar el incógnito bajo una máscara piadosa.

LOMELINO.—¿Pero y el papel, Príncipe?

GIANETTINO.—Tómalo tú y hazlo circular entre numerosos amigos. Esta carta, en correo extraordinario, á Levanto. Informa á Espinola de todo, y le dices que esté aquí mañana temprano á las ocho. (Hace ademán de irse.)

LOMELINO.—Vuestro plan ofrece un inconveniente, Príncipe. Fiesco no viene ya al Senado.

GIANETTINO.—¿Crees que quedará en Génova un sólo rebelde?... De mi cuenta corre. (Vase por una puerta lateral, y Lomelino por otra.)

## ESCENA XV.

Antesala en casa de Fiesco.

FIESCO con cartas y letras de cambio.—EL MORO.

FIESCO.—Así, han entrado cuatro galeras.

EL MORO.—Han echado el áncora en la dársena con toda felicidad.

FIESCO.—Oportuna es su llegada. ¿De dónde vienen los correos?

EL MORO.—De Roma, de Plasencia y de Francia.

FIESCO. (Abriendo las cartas y leyéndolas.)—¡Bien venidos, bien venidos á Génova! (Con mucha alegría.) Que se trate á los correos como á príncipes.

EL MORO.—¡Hum! (Hace ademán de irse.)

FIESCO.—¡Guarda, guarda! Aquí se te prepara larga faena.

EL MORO.—¿Qué mandáis? ¿Necesitáis la nariz del perro de muestra, ó las pinzas del escorpión?

FIESCO.—Por ahora el cimbel del pajarero. Mañana temprano entrarán en la ciudad dos mil hombres, para ponerse en secreto á mis órdenes. Que tu gente ronde las puertas, y vigile á los pasajeros que vengan. Unos se presentarán como peregrinos para visitar á Nuestra Señora de Loreto; otros como Franceses, ó Saboyanos, ó cómicos; otros como mercaderes ó músicos, y la mayoría como soldados con licencia, que se preparan á tomar servicio en Génova. Que pregunten á todos los extranjeros en dónde se hospedan. Si contestan «en la culebra de oro,» se les saluda amistosamente, y se les indica mi habitación. ¡Oye, hombre! Confío en tu discreción.

EL MORO.—Señor, tanto como en mi maldad. Si se me escapa un mechón sólo de sus cabellos, cargad un arcabuz con mis dos ojos, y tirad con ellos á los gorriones. (Hace ademán de irse.)

FIESCO.—¡Detente! Algo queda todavía. Las galeras llamarán la atención pública. Ten cuidado con lo que se dice. Si alguien te pregunta, insinúa que crees haber oído murmurar, que tu amo se propone dar caza con ellas á los Turcos. ¿Entiendes?

EL MORO.—Comprendo. Las barbas de los Circasianos ocultan la verdad. Lo que hay en el saco, el demonio lo sabe. (Quiere irse.)

FIESCO.—Poco á poco. Otro encargo. Nuevos motivos

tiene ahora Gianettino para aborrecerme y para desear mi muerte. Ve, observa á tus camaradas, y olfatea si se prepara alguno á asesinarme. Doria visita casas sospechosas. Traba íntimo conocimiento con esas jóvenes alegres. Los secretos políticos se esconden á veces entre las faldas mujeriles. Promételes parroquianos muy ricos... díles que les llevarás á tu mismo amo. Pon en juego todos tus recursos para que, sumergiéndote en esa ciénaga, encuentres al fin su fondo.

EL MORO.—¡Bien, basta! Suelo visitar á cierta Diana Bononi, y he sido su mandadero cerca de cinco trimestres. Anteayer ví salir de su casa al procurador Lomelino.

FIESCO.—¡Soberbio! Justamente Lomelino es el agente principal de todas las locuras de Doria. Vé allá mañana temprano. Acaso sea él esta noche el Endimión de esa casta Diana.

EL MORO.—¡Una pregunta, señor! Si los Genoveses me interrogan... y, como es mi dueño el demonio, lo harán de seguro... si me interrogan qué piensa Fiesco de Génova... ¿conserváis vuestra máscara más tiempo, ó qué respondo?

FIESCO.—¿Qué respondes? ¡Espera!... La miés está ya madura... Los dolores anuncian el parto... Génova yace sobre el tajo sangriento, y mi amo se llama Juan Luis Fiesco.

EL MORO. (Muy alegre.)—Lo que haré para que charlen cuanto les plazca, ¡por mi honor de canalla!... ¡Y ahora, tranquilo á tu obra, amigo Hassán! Primero á una taberna. Mucho trabajo espera á mis pies... hay que guardar contemplaciones á mi estómago, para que lleve la voz de mis piernas. (Vase de prisa, y vuelve en seguida.) *A propos.* Ha poco he charlado también algo. ¿Deseábais saber lo ocurrido entre vuestra esposa y Calcaño?... Una negativa rotunda, y nada más. (Vase corriendo.)

## ESCENA XVI.

FIESCO, solo.

Te compadezco, Calcaño... ¿Crees, acaso, que yo hubiese expuesto al peligro el delicado artículo de mi honor conyugal, si no estaba completamente seguro de la virtud de mi esposa, y de mi valor personal? Sin embargo, bien venida sea esta amorosa pretensión. Tú eres buen soldado. Tu brazo me servirá para contribuir á la ruina de Doria... (Paseándose agitado.) Ahora, Doria, peharemos en el campo de batalla. Todas las máquinas de esta empresa aventurada están listas, templados todos los instrumentos de este concierto infernal. Falta sólo quitarnos las máscaras, y que Fiesco se presente á los patriotas de Génova. (Viene gente.) ¡Una visita! ¿Quién me molestará en este instante?

## ESCENA XVII.

FIESCO; VERRINA; ROMANO, con un cuadro; SACCO, BORGONINO, CALCAÑO. Todos hacen una cortesía.

FIESCO. (Saliendo tranquilo á su encuentro.)—¡Bien venidos, dignos amigos! ¿Qué negocio importante trae á todos vosotros á mi casa?... ¿Tú también, mi querido hermano Verrina? Casi hubiera llegado á desconocerte, si mis pensamientos no fueran más solícitos por ti que mis ojos. ¿No

ha sido el último baile la fecha, desde la cual me he visto privado de mi Verrina?

VERRINA.—No recuérdes ese suceso, Fiesco. Pesada carga ha abrumado desde entonces mi cabeza blanca. Hablemos de otra cosa.

FIESCO.—No basta eso á mi amistad recelosa. Ya me lo dirás todo cuando estemos solos. (A Borgonino.) ¡Bien venido, joven héroe! Nuestro esocimiento es reciente, pero mi estimación por tí antigua. ¿Tenéis ya idea más favorable de Fiesco?

BORGONINO.—Estoy en camino de tenerla.

FIESCO.—Me han dicho, Verrina, que este joven caballero ha de ser tu yerno. Apruebo de todo corazón ese proyecto. Le he hablado una sola vez, y, sin embargo, me enorgullecería que lo fuese mío.

VERRINA.—Y esa opinión me enorgullece á mi vez por mi hija.

FIESCO. (A los demás.)—¡Sacco, Calcaño!... Apreciable y rara aparición en mi casa. Casi me avergonzaría yo de mi hospitalidad, si las personas más estimables de Génova pasasen por ella sin visitarla... Y ahora saludo á mi quinto huésped, desconocido para mí, á la verdad, aunque lo recomiende poderosamente á mi consideración la calidad de las personas que lo acompañan.

ROMANO.—Es sólo un pintor cualquiera, señor, llamado Romano, que vive robando á la naturaleza, y no posee otro blasón que su pincel, y que en este momento (Inclinándose profundamente.) está á punto de encontrar el grandioso perfil de la cabeza de Bruto.

FIESCO.—¡Vuestra mano, Romano! La pintura, vuestra maestra, está enlazada íntimamente con mi casa. La amo como á un hermano. El arte es la diestra del universo. Este hace seres animados, aquella traza hombres. Pero ¿qué pintáis, Romano?

ROMANO.—Escenas notables de la antigüedad. En Florencia está mi Hércules moribundo, en Venecia mi Cleopatra, en Roma el Ajax furioso; en Roma, en donde resucitan los héroes del tiempo pasado.

FIESCO.—Y ¿en qué se ocupa ahora vuestro pincel?

ROMANO.—Lo he abandonado, señor. La luz del genio es más instable que la de la vida. Llega á un punto, en que sólo enciende la pantalla de papel que la resguarda. ¡He aquí mi última obra!

FIESCO. (Con alegría.)—No puede venir más á tiempo. Me siento hoy contento con extremo; cierta calma heroica llena todo mi sér, á propósito para gozar de los encantos de la belleza. Veamos vuestro cuadro. Será para mí una agradable fiesta. Acercaos, amigos. Tributemos al artista nuestro homenaje de admiración. Veamos vuestra obra.

VERRINA. (Haciendo una señal á los otros.) ¡Atención ahora, Genoveses!

ROMANO. (Colocando bien el cuadro.)—La luz ha de venir de un lado. Descorred aquella cortina; echad esta. ¡Bien! (Separase á cierta distancia.) Es el episodio histórico de Virginia y de Apio Claudio. (Larga pausa; todos miran el cuadro.)

VERRINA. (Lleno de entusiasmo.)—¡Adelante, padre anciano!... ¿Tiemblas tú, déspota?... ¡Cuánta es vuestra palidez, oh romanos!... ¡el cuchillo brilla... seguidlo, ciudadanos!... ¡seguidme, Genoveses!... ¡abajo Doria! ¡Muera, muera! (Acérase colérico al cuadro.)

FIESCO. (Al pintor, sonriendo.)—¿Qué más podéis exigir? Vuestra habilidad transformá á este anciano en joven imberbe y entusiasta.

VERRINA. (Desalentado.)—¿En [dónde estoy? ¿Adónde hemos llegado? ¿Desaparecieron como ampollas de jabón? ¿Tú aquí, Fiesco? ¿Aun vive el tirano, Fiesco?

FIESCO.—¿Ves tú? No notas muchas bellezas. ¿Te parece admirable esta cabeza de romano? No hagás de ella caso.

¡Mira esta doncella! ¡Qué expresión la de su rostro, tan dulce y tan virginal! ¡Cuánta gracia en sus pálidos labios! ¡Cuán seductores sus ojos apagados!... ¡Inimitable, divino, Romano!... Y ese pecho tan blanco, tan deslumbrador, ¡cómo se levanta con su postrer aliento! Pintad, oh Romano, otras niñas como ésta, y me arrodillo ante vuestras creaciones, y digo adiós á la naturaleza.

BORGONINO.—¿Es este, Verrina, el soberbio resultado que esperabas?

VERRINA.—¡Animate, hijo! Dios ha desahuciado el brazo de Fiesco, y sólo cuenta con los nuestros.

FIESCO. (Al pintor.)—¡Sí, es vuestro último cuadro, Romano! Vuestro inspiración se ha agotado. Ya no manejaréis más vuestros pinceles. Pero, admirando al artista, olvidado su obra. Podría quedarme aquí, y absorberme de tal modo en su contemplación, que no sentiría un terremoto. Llevaos vuestro cuadro. Todo cuanto Génova contiene no podría pagares esa cabeza de Virginia. ¡Lleváoslo!

ROMANO.—Al artista se paga con el honor. Yo os lo doy. (Hace ademán de irse.)

FIESCO.—Esperaos un poco, Romano. (Paseáse majestuosamente, como si meditara algo importante. Mira á veces á hurtadillas á los demás, y clava en ellos sus ojos con insistencia; por último, coge de la mano al pintor y lo lleva delante del cuadro.) ¡Ven aquí, pintor! (Con orgullo y dignidad.) Tú estás envanecido por haber simulado la vida en esa tela muerta, y por perpetuar á poca costa un suceso grandioso. Tú te enorgullecés de tu inspiración artística, por haber creado ese juego de polichinelas sin alma, sin corazón, sin entusiasmo y sin actividad; tú derribas en el lienzo á los tiranos... y no eres otra cosa que un esclavo miserable... con tu pincel das libertad á las repúblicas... y no puedes romper tus propias cadenas. (Con energía y con imperio.) ¡Véte! Tu trabajo es una engañosa farsa... que la apariencia deje su

puesto á la realidad. (Con majestad, y derribando el cuadro.) Yo hago lo que tú... sólo pintas. (Todos se quedan atónitos; Romano se lleva precipitadamente su cuadro.)

## ESCENA XVIII.

Los mismos, menos ROMANO.

FIESCO. (Rompiendo el silencio y la admiración general.) ¡Pensabais que el león dormía, porque no oíais sus rugidos? ¡Tan grande era vuestra vanidad, que os creíais los únicos Genoveses, que deploraban las cadenas de la patria? ¡Los únicos, que deseaban romperlas? Fiesco las había roto antes que vosotros oyerais su ruido desde lejos. (Abre una cajita, y saca un paquete de cartas, que echa sobre la mesa.) Aquí, soldados de Parma... aquí, dinero de Francia... aquí, cuatro galeras del Papa. ¿Qué faltaba todavía para arrojar al tirano de su nido? ¿Nada se os ocurre? (Todos se callan sorprendidos, y él se separa de la mesa, lleno de su propia importancia.) ¡Republicanos! Sabéis mejor maldecir al tirano que hacerlo saltar en los aires. (Todos, menos Verrina, se echan á los pies de Fiesco.)

VERRINA.—¡Fiesco!... Yo me inclino ante tí... no me arrodillo... ¡Tú eres un hombre grande!... pero... levantaos, Genoveses.

FIESCO.—Toda Génova se lamentaba de la molición de Fiesco; toda Génova maldecía el libertinaje y las galanterías de Fiesco. ¡Genoveses! ¡Genoveses! mis amos han ganado al tirano receloso, mi locura ha ocultado á vuestra perspicacia una prudencia peligrosa. Entre los torbellinos del deleite se escondía la obra maravillosa de la cons-

piración. ¡Basta ya! Por vosotros me conocerá Génova. Mi deseo más audaz ha sido realizado.

BORGONINO. (Dejándose caer en una silla desalentado.) — ¿No sirvo ya, pues, para nada?

FIESCO — Pasemos pronto de los pensamientos á los hechos. Todas las máquinas están preparadas. Puedo asaltar á la ciudad por tierra y por mar. Roma, Francia y Parma me protegen. La nobleza es contraria á los Doria, los corazones del pueblo míos. He arrullado á los tiranos con mi canto, y los he dormido. La República está preparada para una refundición. La fortuna nos favorece. Nada nos falta... Pero ¿en qué piensa Verrina?

BORGONINO. — ¡Paciencia! Conozco una palabrilla, que lo despertará de su letargo, más asustado que si oyese la trompeta del juicio final. (Acércase á Verrina, y le dice.) ¡Arriba, padre! Tu Berta está desesperada.

VERRINA. — ¿Quién lo ha dicho?... ¡A la obra, Genoveses!

FIESCO. — Meditemos el plan, que hemos de seguir. La noche nos ha sorprendido en nuestra importante conferencia. Génova duerme. El tirano descansa, fatigado de sus excesos durante el día. ¡Vigilad á una y otro!

BORGONINO. — Antes de separarnos, que un abrazo selle nuestra unión heroica. (Abrazanse todos, formando círculo.) Aquí se juntan los cinco corazones más magnánimos de Génova, para decidir de la vida ó de la muerte de la misma Génova. (Se estrechan unos con otros.) ¡Aunque el universo se rompa en mil pedazos; aunque la justicia suprema desate todos los vínculos de la sangre y de la amistad, este tronco de cinco ramas heroicas durará siempre! (Separanse.)

VERRINA. — ¿Cuándo nos reuniremos otra vez?

FIESCO. — Mañana, al mediodía, os consultaré de nuevo.

VERRINA. — Hasta mañana al mediodía. ¡Buenas noches,

Fiesco! ¡Vénte, Borgonino! Algo extraño vas á oír. (Vanse los dos.)

FIESCO. (A los demás.) — Salid por las puertas traseras, para que no lo observen los espías de Doria. (Vanse.)

## ESCENA XIX.

FIESCO, solo.

(Paseándose meditabundo.) — ¡Qué tempestad ruga en mi pecho! ¡Qué rápida sucesión hay en mis pensamientos!... Como criminales conjurados dispuestos á la perpetración de un delito, que caminan de puntillas y escuchan temerosos, acercando á la tierra su inflamado rostro, así discurren por mi imaginación los fantasmas más seductores... ¡Deteneos, deteneos! ¡Dejadme miraros cara á cara!... Un buen pensamiento inspira energía al hombre, y desafía la luz del sol sin miedo alguno... ¡Ah! ¡Ya os conozco!... Traéis la librea del impostor eterno... ¡Huid! (Pausa, y después más animado.) ¡Fiesco republicano? ¡Fiesco dux?... Poco á poco... He aquí el horrible abismo, que marca el límite de la virtud, y separa al cielo del infierno... En él justamente han tropezado los héroes, y han caído, y por esto el mundo ha maldecido sus nombres... Aquí, también justamente, es en donde los héroes han vacilado, y al cabo se han mostrado resueltos, y han sido semidioses. (Con mayor animación.) ¡Míos son los Genoveses; por mí se deja Génova seducir y arrastrar!... ¡Oh pecado astuto, que delante del diablo pones siempre á un angel!... ¡Ambición desventurada! ¡Eterna prostitución!... los ángeles pendientes de tu cuello trocaban el cielo por tus besos, y de tu hinchado seno brotaba sólo la muerte... (Conmovido, y

estremeciéndose.) Con tu voz de sirena atraes á los bienaventurados, contándoles las bellezas de lo infinito... Con oro engañas á los hombres, con mujeres y coronas. (Después de un momento de reflexión, con firmeza.) Luchar por una diadema, obra es magnánima; despreciarla, divina. Resuelto.) ¡Sucumbe, tirano! Sé libre, oh Génova, y yo (En ólce éxtasis.) tu más venturoso ciudadano.

---

### ACTO III.

---

Desierto espantoso.

#### ESCENA PRIMERA.

VERRINA y BORGONINO llegan á este lugar de noche.

BORGONINO. (Deteniéndose.) Pero ¿á dónde me llevas, padre? El sombrío dolor, que te aquejaba al llamarme, se manifiesta siempre en tu respiración angustiada. Rompe ese horrible silencio. ¡Habla! ¡Yo no ando más!

VERRINA.—¡Aquí es!

BORGONINO.—El paraje más desconsolador, que has podido hallar. Si lo que has de decirme, oh padre, es semejante á esta región, mis cabellos habrán de erizarse de espanto.

VERRINA.—Es un sitio risueño, si se compara con las tinieblas de mi alma. Sígueme á donde la podredumbre devora á los cadáveres, y á donde la muerte celebra su horrendo banquete... en donde los lamentos de los condenados regocijan al demonio, y las lágrimas estériles del dolor se deslizan por la criba de la eternidad... allí, hijo mío, en donde el universo se deshace, y la Divinidad hace pedazos sus blasones bienhechores... allí te hablaré en medio de la destrucción general, y tú me escucharás, rechinando de miedo los dientes.